

GUILLERMO BROWN: NOTAS BIOGRÁFICAS⁽¹⁾

Guillermo A. Oyarzábal

Guillermo Brown, el hombre destinado a escribir las páginas más gloriosas de la historia naval argentina, nació el 22 de junio de 1777 en la localidad de Foxford, en el condado de Mayo, Irlanda.

Miembro de una sencilla y numerosa familia, son pocas las noticias que han llegado de sus primeros años. Se sabe que, durante la niñez, recibió la influencia positiva de un tío sacerdote, educado en Salamanca, de quien adquirió el amor por la libertad, el respeto hacia la disciplina, la valoración del esfuerzo y el compromiso con la religión.

Hacia mediados de la década de 1780, la desfavorable situación del país y la incertidumbre respecto del futuro, inquietaron a su padre, quien emigró con él a los Estados Unidos en busca de mejores perspectivas. Poco tiempo después, en Delaware, una epidemia de fiebre amarilla lo dejó huérfano. Solo y tan lejos de su tierra, un capitán estadounidense lo incorporó a la dotación de su barco como grumete.

De esta manera, en 1788, inició Guillermo Brown su vida naval. Sin duda, en su papel de novel marino, marcó la diferencia entre sus pares, y si bien la fatalidad lo había arrojado a la vida de mendicidad de la cual el mar lo rescató, su preparación y su formación primaria pudieron constituirse en los cimientos sobre los que se levantaría después, para ocupar privilegiadas posiciones.

Hacia 1898, en coincidencia con el recrudecimiento de las operaciones bélicas europeas y el vertiginoso ascenso de Napoleón Bonaparte en Francia, comandaba un buque de bandera británica con patente de capitán mercante, y en esta condición fue capturado por el *Presidente*, un navío de guerra francés que lo condujo hasta la ciudad de Metz. Allí vivió un frustrado intento de fuga, tras el cual fue trasladado a la fortaleza de Verdún, una prisión de máxima seguridad de la cual, se pensaba, difícilmente volvería a escapar.

El Capitán de Navío de la Armada Argentina Guillermo Andrés Oyarzábal es Oficial de Estado Mayor, licenciado, profesor y doctor en Historia. Egresó de la Escuela Naval Militar en el año 1979. En 1983 obtuvo la especialización Artillería en la Escuela de Oficiales de la Armada, y en 1998 cursó la Escuela de Guerra Naval. Recibió las medallas del Congreso de la Nación Argentina y de la Armada Argentina a los combatientes de Malvinas y las Palmas Sanmartinianas, por su labor académica. Es miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia Nacional Sanmartiniana, del Instituto Nacional Browniano y del Instituto de Historia Militar Argentino. Autor de los libros Argentina hacia el Sur. La utopía del primer puerto militar (Instituto Nacional Browniano 1999 e Instituto de Publicaciones Navales 2002); Los Marineros de la Generación del Ochenta - Evolución y consolidación del poder naval de la Argentina (Instituto de Publicaciones

Sigue en la siguiente página.

(1)
Este artículo está basado en el contenido del libro de mi autoría, Guillermo Brown, Librería Editorial Histórica, Emilio J. Perrot, Buenos Aires, 2006.

Boletín del Centro Naval
Número 838
ENE / JUN 2014



Viene de la página anterior.

Navales 2003 y Editorial EMECE 2005), Guillermo Brown (Librería Histórica, 2006), traducido al inglés con el título William Brown. An Irish seaman in the River Plate (2008) y de los capítulos sobre las Fuerzas Armadas y el Mar Argentino en la colección de la "Nueva Historia de la Nación Argentina", de la Academia Nacional de la Historia (Planeta 1999-2003). Actualmente se desempeña como miembro asesor del comité de doctorado y profesor titular en las cátedras de Historia Argentina e Historia de América, de la Universidad Católica Argentina. Es Subdirector de la revista Temas de Historia Argentina y Americana, y Jefe del Departamento de Estudios Históricos Navales de la Armada Argentina.

Batalla naval del Río de la Plata. Acuarela de Carlos Gerster.



En 1809, al mando de la fragata británica *Belmond*, llegó al Río de la Plata con visibles intenciones de quedarse

Brown ya denunciaba un temperamento obsesivo, y con tan poco que perder frente a los riesgos de una nueva evasión, se dedicó desde el primer momento a ese propósito. Con apenas algo más de veinte años, toda la energía, el arrojo y la audacia de la edad, concibió, tal como antes, su fuga con todos los condimentos de una buena historia de aventuras. En primer lugar, trabajó para hacer un agujero debajo de la cama que se comunicaba con la celda del coronel inglés Clutchwell, con cuya complicidad trazaron el plan. Como estaba en el piso más alto de la prisión, solo hacia el cielo había la posibilidad de salvación y, en este rumbo, condujeron todos los esfuerzos. Poco a poco, y disimulado por una bandera que ocultaba la obra al carcelero, abrieron un boquete en el techo, luego improvisaron una escala con la ropa y, aprovechando que nadie esperaba una acción tan insólita, eludieron a los centinelas, deslizándose por el muro exterior hasta ganar la libertad.

De los años que van desde 1804 hasta su casamiento el 29 de julio de 1809 en la parroquia anglicana de San Jorge, en Middlesex, solo se sabe que volvió a servir en la marina mercante inglesa, donde logró consolidar su posición. Cuando se casó con Elizabeth Chitty, una joven inglesa a quien doblaba en edad, conocía bien el comercio marítimo y sus posibilidades. Brown tenía una idea clara de lo que esperaba para el futuro, mantenía contacto con su familia de Foxford y trabajaba con su hermano Miguel.

Aquel año, al mando de la fragata británica *Belmond*, llegó al Río de la Plata con visibles intenciones de quedarse y, en Montevideo, donde temporalmente se radicó, adquirió una embarcación con la que emprendió actividades comerciales y unió los puertos rioplatenses con algunos del Brasil. En mayo de 1810, fue testigo silencioso de los sucesos que conmovieron al país y, poco después, retornó a Inglaterra, con tiempo para asistir, el 30 de octubre de 1810, al nacimiento de su primera hija, Elisa.

Los viajes de Brown entre Europa y América estuvieron animados por cierta frecuencia. El 13 de febrero de 1812, mientras lejos de su familia trataba de hacerse un futuro en tierras argentinas, nacía en Inglaterra su segundo hijo, Guillermo. Brown se alojaba en la fonda de los *Tres Reyes*, una modesta hostería muy frecuentada por los marinos británicos, don-

de además solía tener una habitación el comodoro de la Estación Naval Inglesa. Por entonces, adquirió la goleta *Industria*, el primer barco de la pequeña flotilla mercante que navegaría las aguas del Río de la Plata con esporádicos viajes a la costa del Brasil. Con aquel navío y con las goletas *Hope*, *Unión* y *Amistad* incorporadas sucesivamente, cubrió, durante algún tiempo, la carrera de Buenos Aires a Colonia del Sacramento y se ocupó del tráfico de cueros y de frutos del país entre los principales puertos del Río de la Plata.



En poco tiempo, alcanzó una posición lo suficientemente próspera para comprar una quinta, ubicada en el bañado de Santa Lucía, en la zona de Barracas. El solar de aproximadamente 290 metros de largo por 260 metros de ancho se encontraba sobre el Camino Real, muy próximo al viejo asiento negrero inglés del sur, hoy parque Lezama. Allí, su amigo Mateo Reid construyó la después famosa residencia de los Brown sobre el modelo de su propia casa. El lugar fue llamado sucesivamente “la quinta del inglés”, “la quinta de Brown” y, mucho más adelante, “la casa de los cañones”, por los dos cañones semienterrados a cada lado del portón de acceso que protegían las instalaciones de las ruedas de los carruajes. Recién en la época de Rosas, fue conocida como “la casa amarilla”.

En febrero de 1813, Guillermo Brown se reencontró en Buenos Aires con su familia. Un año después, hizo construir una barraca sobre un predio anexo a su casa y compró, en Colonia del Sacramento, una estancia provista de modestas construcciones, matadero y saladero.

En una oportunidad, mientras cargaba cueros vacunos en Montevideo, las autoridades del apostadero confiscaron la goleta *Industria* y el bote ballenero *Caballo Negro*, y castigaron duramente a las tripulaciones, que fueron obligadas a empedrar las calles de la ciudad. Brown no perdonaría la afrenta y, desde entonces, no desaprovechó oportunidad para hostigar a los españoles, que controlaban las aguas rioplatenses.

Con el bagaje de aquella experiencia, fue convocado por el gobierno para crear una escuadra naval y, el 1 de marzo de 1814, recibió los despachos de teniente coronel y el comando de la escuadra argentina. No he de detenerme en la vasta empresa que llenó de honra la figura de nuestros marinos, solo baste decir que, al mando de la fragata *Hércules* y secundado por otros ocho navíos de distinto porte, Brown tomó la isla Martín García, venció la temeraria escuadra realista, bloqueó el puerto de Montevideo y, con el cerco cerrado por él, facilitó la capitulación de la ciudad.

Hacia 1815, había concebido la ambiciosa operación de corso en el Pacífico, que preparó con la misma obstinación que contribuía a darle fama. Las operaciones corsarias bajo su conducción, además de hostigar el comercio y el poder marítimo español, ayudaron a difundir las ideas de libertad en la costa de Chile, Perú y Ecuador. Sin embargo, la desobediencia que animó su partida ante la amenaza de negarle el mando de la expedición, los desgraciados acaecimientos de Guayaquil, donde fue derrotado, la disolución de la escuadra corsaria debido a las diferencias de criterio con Bouchard y la pérdida de la *Hércules* en la isla Antigua por el ardid de un oficial británico opacaron la empresa. Más allá de los éxitos relativos, como el apresamiento de importantes unidades enemigas y el efecto innegable ejercido sobre la moral española y la voluntad de los criollos en todas las latitudes visitadas, la expedición había terminado en un infausto fracaso.

Sobre fines de la década de 1810, Guillermo Brown se hallaba en una encrucijada fatal, lejos de su esposa y de sus hijos que, por presión del Directorio, habían huido a Europa. Abandonado y hasta perseguido por el gobierno al que tan bien había servido, burlado por los británicos entre quienes pensó que encontraría el apoyo que necesitaba, presa de una terrible enfermedad que lo postró en la desesperanza y la depresión y tras dos intentos de suicidio, todo hacía pensar que estaba definitivamente acabado. Ese desasosiego que se forjó en las Antillas lo acompañó, después, en Buenos Aires, donde tuvo que enfrentar los cargos por la desobediencia de 1815.

Hacia 1815, había concebido la ambiciosa operación de corso en el Pacífico, que preparó con la misma obstinación que contribuía a darle fama. Las operaciones corsarias bajo su conducción, además de hostigar el comercio y el poder marítimo español, ayudaron a difundir las ideas de libertad en la costa de Chile, Perú y Ecuador.

Combate naval de Martín García, 1814.
Óleo de Emilio Biggeri, 1966.



Brown era el único marino en el Río de la Plata con el conocimiento, prestigio, ascendiente y experiencia de guerra para hacerse cargo de una tarea de tanta envergadura.

El juicio brindó los primeros testimonios sobre la campaña de corso con evidencias reveladoras; una de ellas fue el descubrimiento de la enigmática figura de su comandante: un hombre reservado, profundo, impenetrable, heterodoxo en sus procedimientos, sanguíneo y temerario en la acción. En 1819, al resolverse la causa en su favor, Brown tenía 42 años y una larga lista de éxitos valorados y reivindicados por la sociedad y la política rioplatenses; el tiempo había curado algunas de sus heridas, y se encontraba capaz de enfrentar, con mayor optimismo, los nuevos desafíos de la vida.

En marzo de 1822, en un marco de relativa paz y un cuadro personal esperanzador, Guillermo Brown se encontró con Elizabeth y sus cuatro hijos. Habían llegado en el bergantín inglés *Hutton*, un barco de 60 metros de eslora y de 250 toneladas de peso con licencia para realizar viajes entre Gran Bretaña, el Caribe y el Río de la Plata. Este navío estaba conducido, precisamente, por Miguel Brown.

El marino no se apartaba del lado de los suyos y solo interrumpía fugazmente la actividad en Buenos Aires con incursiones hasta Ensenada y con breves estadías en Colonia. Estos tiempos de bonanza sirvieron para consolidar la posición económica de la familia, que paralelamente alcanzó una respetable posición social, sobre todo entre la clase comerciante y en ciertos sectores dirigentes. Buen amigo de Juan Manuel de Álzaga, Marcos Balcarce y José Benito Goyena, su casa era también frecuentada por Adam Atkins, Roberto Billinghamurst y John Dillon, merced a los vínculos que unían estrechamente a las familias prominentes de la colectividad irlandesa, entre quienes se distinguían los O'Gorman, Butler, French, Sheridan y Armstrong. Todos ellos festejaban el día de San Patricio con una comida servida en el Fauch's Hotel, que se llenaba ese día de tréboles, banderas y canciones de la patria lejana, y donde se bebía la cerveza que fabricaba John Dillon en San Telmo.

Cuando fue convocado para conducir la escuadra en la guerra contra el Brasil, Brown estaba en su casa sin imaginar que, luego de los azarosos trances y el sinfín de dificultades que habían rodeado su participación anterior, pudiera ser llamado nuevamente. Sin embargo, la decisión del gobierno es fácil de explicar: Brown era el único marino en el Río de la Plata con el conocimiento, prestigio, ascendiente y experiencia de guerra para hacerse cargo de una tarea de tanta envergadura.

Los Pozos, Quilmes y Juncal jalonaron esa campaña donde, junto a la figura de Brown, brillaron las luces de otros marinos argentinos, como Tomás Espora y Leonardo Rosales. Los



Casa del Almirante Brown en Foxford, condado de Mayo, al noroeste de Irlanda.

combates librados ante la vista interesada de los habitantes de Buenos Aires sobre el Río de la Plata, las demostraciones de arrojo y de valor, el talento en la conducción táctica, en fin, sus méritos reconocidos sin ambages hasta por sus enemigos, convirtieron a Brown en el hombre más popular de su tiempo.

En este período, donde la temeridad y la osadía dejaron espacio a misiones específicas y a acciones netamente defensivas, se produjo el episodio más trágico y conmovedor en la vida privada de Guillermo Brown. Su hija Elisa de 17 años pereció ahogada en el Riachuelo. Eran las cinco de la tarde del 27 de diciembre de 1827.

Dicen que, ese día, el almirante había salido con mejor ánimo que de costumbre y que se encontraba trabajando en el fondeadero de los Pozos cuando fue enterado del accidente de una de sus hijas por Matías Irigoyen. Cuando llegó a su casa, todavía ignoraba la magnitud de la tragedia. No existen testimonios sobre la manera en la que enfrentó el fatal acontecimiento; sin tomarse licencia, volvió a la escuadra, se sumergió aún más en el trabajo y, simplemente, guardó silencio.

En octubre de 1828, durante el gobierno de Manuel Dorrego, fue ascendido al grado de brigadier general; alcanzó así, inmediatamente después de haber terminado la guerra contra el Brasil, el máximo grado que otorgaba la Nación. La notificación de Balcarce estaba contenida por el mismo afecto que, en otras oportunidades, le había profesado: “Doy a usted y también a la señora Almiranta mi enhorabuena y parabienes: deseo a

En octubre de 1828, durante el gobierno de Manuel Dorrego, fue ascendido al grado de brigadier general; alcanzó así, inmediatamente después de haber terminado la guerra contra el Brasil, el máximo grado que otorgaba la Nación.



Combate de los Pozos. 11 de junio de 1826.

Es obvio que, por primera vez, Brown se había visto inclinado a hacer política. No obstante, el veterano de dos guerras limitó su gestión al mando político y militar de la provincia, mientras que las decisiones de política nacional quedaron en manos de Lavalle.

los dos y demás individuos de su respetable familia una larga serie de años felices para que disfruten... esta distinción... que siempre es muy pequeña si la comparamos con los importantes y grandes servicios que usted tan gloriosamente ha prestado a la causa pública". Brown respondió a su amigo, visiblemente conmovido. Le dijo que, desde que se alistó bajo la bandera del país elegido como su patria, sus deseos habían quedado colmados con ser admitido entre sus ciudadanos y adelantó algunas reflexiones muy personales sobre la importancia de pertenecer a un país donde cobraban verdadero sentido la libertad y el valor. Con aquella jerarquía legítimamente obtenida y sin guerras por delante, consideró que su labor había terminado al frente de la escuadra y pidió ser separado del servicio naval.

Cuando, el 1 de diciembre de 1828, el general Lavalle apartó a Dorrego del gobierno de Buenos Aires tomando su lugar, Brown aceptó el cargo de gobernador delegado, lo cual permitió que el general unitario se mantuviera en campaña. Su designación apareció de todo conveniente. José M. Díaz Vélez lo llamaba "frasco de esencia popular", y por esos días, Juan Cruz Varela le escribió a Lavalle para indicarle que el nombramiento había sido bien recibido e insinuó que, gracias a esa decisión, en nada se había alterado el orden de la ciudad: "Lo que se necesitaba más -agregaba- era que tuviese popularidad el hombre que quedase encargado del gobierno en estas críticas circunstancias, y era difícil haber hallado un jefe más popular que Brown".

Es obvio que, por primera vez, Brown se había visto inclinado a hacer política. No obstante, el veterano de dos guerras limitó su gestión al mando político y militar de la provincia, mientras que las decisiones de política nacional quedaron en manos de Lavalle. En este esquema, el papel del almirante era secundario aunque vital, pues se trataba de mantener el orden y la tranquilidad de los turbulentos habitantes de Buenos Aires, de evitar disensiones internas y de proteger la ciudad de la amenaza militar de los federales. Sin embargo, lo que debía ser solo una participación breve y circunstancial se fue dilatando. La prolongación de la campaña militar y, en consecuencia, la imposibilidad de que Lavalle regresara para hacerse cargo del gobierno extendieron por muchos más meses de lo previsto la administración de Brown en la provincia de Buenos Aires. Sumadas a esto, las tensiones internas del convulsionado ambiente porteño terminaron por empañar la juiciosa gestión del marino. Y aunque Díaz Vélez le había escrito meses atrás a Lavalle y le había dicho que el "viejo" valía "todo un mundo" y que estaba cada vez más satisfecho con la elección, Salvador María del Carril ahora hacía lo propio, pero manifestándole que era necesaria su presencia en Buenos Aires, pues "las ranas" empezaban a treparse sobre "el rey de palo" o, lo que es peor, "el frasco de esencia popular" empezaba a disiparse.

No bastaba con un administrador dedicado; se necesitaba, en cambio, un dirigente enteramente comprometido con la causa, y Brown había demostrado una posición tan contemporizadora como tibia en asuntos políticos. Tras una serie de reuniones convocadas por Díaz Vélez a mediados de abril y que contaron con la participación de Miguel Soler, Carlos de Alvear, Martín de Pueyrredón, Valentín Gómez y Julián S. Agüero, se resolvió la reorganización del gobierno delegado. Agüero le escribió a Lavalle y le exhortó el reemplazo de Brown por un hombre capaz de dirigir la provincia y que no fuera “un bulto como el general Brown”.

Sobre la fugaz administración de Guillermo Brown en la provincia de Buenos Aires, se pueden hacer incontables especulaciones. Benjamín Villegas Basavilbaso afirma que el marino fue sorprendido por los acontecimientos y envuelto en las redes de una conjuración que desconocía por su “ingenuidad extraordinaria”, y Vicente Fidel López es todavía más inclemente al señalar que “sacado de sus buques, Brown no valía cosa alguna en ningún sentido. Por las calles, era objeto de curiosidad cariñosa para todos, pero no tenía asidero ni pie en tierra”.

Después de su alejamiento, en mayo de 1829, Guillermo Brown retornó de lleno a la administración de los asuntos particulares, las propiedades de la Banda Oriental y su hogar en Barracas. Como las instalaciones del Uruguay habían sido destruidas durante la guerra por los brasileños, el gobierno de Montevideo, en reconocimiento por sus servicios, le concedió una residencia en Colonia, que habitaba a la sazón de sus frecuentes viajes entre una y otra banda. Las relaciones de Brown con las autoridades y el pueblo uruguayo fueron siempre provechosas, se lo trataba con gran condescendencia y se reconocía en todo momento el papel relevante que había tenido para liberar el país del dominio brasileño.

Este período es rico en acontecimientos mundanos: Elizabeth hizo un corto viaje a Inglaterra con sus dos hijos menores, mientras que su hijo Guillermo quedó acompañando a su padre e interiorizándose de los negocios de la familia. Por entonces, compraron una pequeña propiedad rural con una barraca, galpones, ranchos y útiles de labranza, y dos terrenos que antes habían pertenecido al convento de los betlemitas en las inmediaciones de los Corrales Viejos. Hacia fines de 1831, sus hijos menores Martina y Eduardo alcanzaban la edad de cierta independencia: la joven terminaba sus estudios en el colegio de las Catalinas, y el muchacho se reclutaba con solo dieciséis años como paje en el bergantín nacional *Esperanza*, para realizar un periplo de nueve meses que lo inició en la carrera del mar.

Por lo demás, la vida de los Brown era como la de cualquier familia acomodada de la época. El almirante, un cincuentón de asombrosa vitalidad, multiplicaba sus actividades sin rehuir compromisos y con operaciones comerciales en Colonia y Buenos Aires. Como ocurre con la gente común, poco puede decirse de él y de los suyos en aquella época, y lo que se conoce es apenas anecdótico, tal como la existencia de unas multas por incumplimiento de disposiciones municipales al dejar caballos sueltos en la calle o criar chanchos en su quinta y algunas situaciones familiares íntimas, como el casamiento de Martina, en mayo de 1834, con Federico Reincke, un librero hamburgués que se dedicaba al comercio marítimo.

Brown fue uno de los ciudadanos que se negó a firmar el petitorio para reiterar las Facultades Extraordinarias de Rosas al terminar su primer mandato en diciembre de 1832 y recibió con beneplácito la elección de Juan Ramón Balcarce para sucederlo. Lo unía con él una relación muy directa por ser su hermano Marcos precisamente el padrino de Martina. No obstante, también debe de haberse sentido satisfecho con el retorno de Rosas en 1835, pues tras el asesinato de Quiroga, al parecer llegaba para restaurar, otra vez, el orden sentidamente amenazado.

A principios de ese año, Brown había firmado un contrato con el entonces jefe de Policía, el general Lucio Mansilla, para construir un camino por la calle Larga de Barracas (hoy Almirante Brown) y también contribuyó a mejorar el paseo de la Alameda con la instalación de una verja.



Brown fue uno de los ciudadanos que se negó a firmar el petitorio para reiterar las Facultades Extraordinarias de Rosas al terminar su primer mandato en diciembre de 1832 y recibió con beneplácito la elección de Juan Ramón Balcarce para sucederlo.

La temprana muerte de Tomás Espora, el 25 de julio de 1835, fue para él uno de los acontecimientos más dolorosos de aquella etapa. El almirante llegó a su funeral cuando ya estaba cerrado el féretro, pidió entonces que lo abrieran y, tomando entre sus manos la cabeza de su más querido subordinado, dijo con afectación: “Considero la espada de este valiente oficial una de las primeras de América... Es lástima que un marino tan ilustre haya pertenecido a un país que todavía no sabe valorar los servicios de sus hijos”. En menos de un año, el 20 de mayo de 1836, en Las Vacas (Carmelo), donde se había refugiado de los federales porteños, se produjo también el deceso de Leonardo Rosales.

Dedicado por completo a su vida privada, Brown alternaba los quehaceres cotidianos, como el cultivo de su pequeña chacra, con la venta de los productos pecuarios provenientes de Colonia o producidos en Buenos Aires. Aquellos fueron años de íntima tranquilidad, que ni siquiera las tensiones políticas pudieron turbar. El mayor de sus hijos, Guillermo, se había casado en 1837 en Montevideo con Angélica Celedonia Blanco, y el 30 de julio del año siguiente, nació precisamente en la capital uruguaya el primer nieto del almirante.

Al iniciarse la década de 1840, casi tres lustros lo separaban de los últimos combates, y desde su alejamiento de los unitarios, se había mantenido a prudente distancia de las guerras civiles y absolutamente apartado de la vida pública.

En 1841, Juan Manuel de Rosas lo convocó para que asumiera, por tercera vez, el mando de la escuadra para enfrentar a Fructuoso Rivera en apoyo de Manuel Oribe. Ante la confusa situación política, en la que la guerra civil se envilecía con las intervenciones extranjeras, el ahora viejo almirante no tuvo otra alternativa que aceptar. Fueron tiempos de gran infelicidad, cuando al recuerdo de la etapa heroica de los combates contra realistas y brasileños, se enfrentaba la visión trágica de la guerra entre hermanos. Recordamos de este período el combate de Costa Brava, durante el cual, en aguas del Paraná, Brown se impuso a la vigorosa escuadra de José Garibaldi y ganó, para la Confederación, el control del Río de la Plata; pero no olvidemos que, en julio de 1845, debió entregar la escuadra al poderío anglofrancés. Ya nunca más comandaría una fuerza naval.

Apartado ahora definitivamente de la vida pública, Brown podría pensar algo más en sí mismo. En el ocaso de su vida, indudablemente fue embargado por la inexplicable melancolía de su tierra natal. Desde aquel lejano viaje que inició con su padre cuando todavía era un niño, no había vuelto a Irlanda, una íntima deuda que, después de tanto tiempo, podría saldar. El 23 de julio 1847, se embarcó en la goleta de guerra sarda *Ninfa* con rumbo a Montevideo, desde donde emprendió el largo derrotero.

En Montevideo, mantuvo una entrevista con Garibaldi y su mujer, la legendaria Anita. Dice Garibaldi en sus memorias que, en un momento, Brown se volvió hacia ella y le dijo: “Señora, combatí mucho contra su marido sin obtener ventaja alguna. Mi mayor placer era derrotarlo y hacerlo prisionero, pero Garibaldi siempre conseguía escaparse. Si yo hubiera tenido la felicidad de apresarlo, habría conocido el aprecio que entonces le tenía...”. Si es cierto que lo cortés no quita lo valiente y si hacemos honor a este testimonio, el marino argentino extremó aquí su caballerosidad; antes había censurado duramente los procedimientos del aventurero italiano, cuyos excesos llegaron a conmover hasta a sus propios aliados, y si bien va de suyo que admiraba su coraje y su determinación, resulta difícil creer que lo anima-

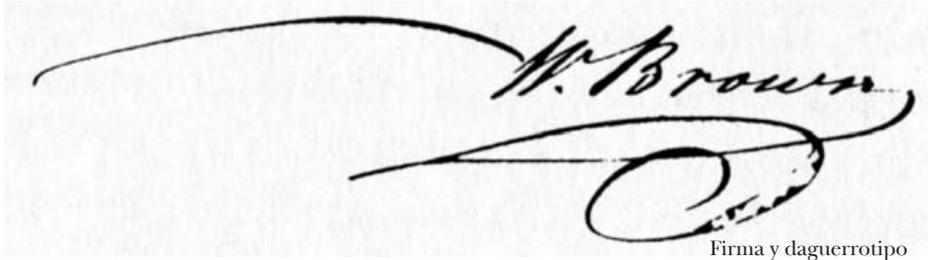
La temprana muerte de Tomás Espora, el 25 de julio de 1835, fue para él uno de los acontecimientos más dolorosos de aquella etapa.

Cañón de la 25 de Mayo.

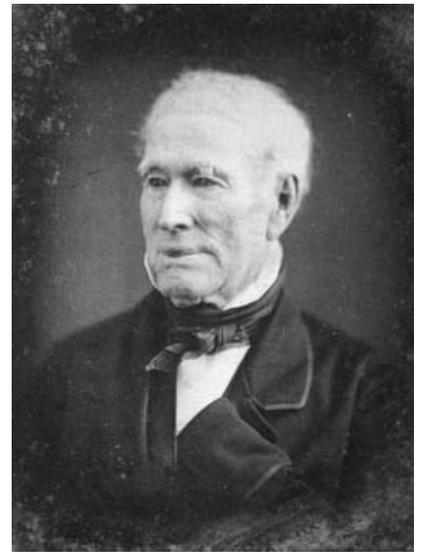


ran sentimientos más amplios que aquellos que lo movieron siempre a ser indulgente con el vencido.

En Foxford, se reencontró con uno de sus hermanos, con quien se alojó varios días y compartió largas conversaciones. Según Guido “el uno cuenta sus vicisitudes en el nuevo mundo, dignas de la fantasía de



Firma y daguerrotipo del Almirante Brown.



Ariosto o del ingenio cautivo de Lepanto”, mientras el otro “escucha con enternecimiento o asombro y solo le es dado, a su turno, recordar escenas humildes del hogar desierto o la larga cuenta de las desventuras de su patria...”. También pasó una breve temporada en Liverpool, donde publicó algunos avisos en los diarios con la intención de verse con los hijos de su hermana Mary. La visita, más allá de romper la monotonía de la pequeña localidad de Foxford, debe de haber conmovido mucho a quienes, desde tan lejos, alguna vez escucharon hablar de sus hazañas, y un mar de sensaciones reflejadas en un cariño contenido y teñido de admiración. El 17 de enero de 1849, el vapor *Fame*, procedente de Liverpool, llegó al Río de la Plata.

Brown hubo de ser testigo silencioso de la victoria de la Confederación sobre las potencias europeas, del agotamiento de la dictadura de Rosas y de su caída definitiva. De la misma manera y completamente alejado de la vida pública, pudo ver la incipiente organización del país y la exclusión voluntaria de Buenos Aires de ese proceso.

La monotonía del hogar apenas se conmovía por el saludo de un amigo, el afecto de un pariente, un encuentro con los hijos y, cada tanto, el reconocimiento por sus glorias pasadas. Así ocurrió con la espontánea visita de un viejo adversario, el flamante vicealmirante Joe Pascoe Grenfell. Según narra Carranza, aquel día de invierno de 1852, Grenfell se presentó de gala en la quinta de Barracas y lo sorprendió mientras dirigía los preparativos para la siembra de alfalfa: “¡Ah! Bravo amigo, le dijo al verlo en buen español. Si usted hubiera aceptado las propuestas de don Pedro I, cuán distinta sería su suerte, porque a la verdad, las repúblicas son siempre ingratas con sus buenos servidores”. Brown, sostenido en su bastón y mientras acortaba distancias le replicó entonces: “Mr. Grenfell, no me pesa haber sido útil a la patria de mis hijos, considero superfluos los honores y las riquezas, cuando bastan seis pies de tierra para descansar de tantas fatigas y dolores...”.

Sin duda, al enterarse de la muerte del general Carlos de Alvear en los Estados Unidos, ocurrida en noviembre de 1852, se vio embargado por una profunda sensación de agobio y de melancolía. Manuel Belgrano, José de San Martín, Juan Lavalle, Bernardino Rivadavia, Martín Rodríguez, Juan Martín de Pueyrredón, José Rondeau, los hombres que habían forjado la independencia de su tierra adoptiva habían desaparecido, y Alvear era quizá el último y el más próximo a su espíritu. Se explica así que, en julio de 1854, en ocasión de repatriar sus restos, haya hecho la inusual petición de ponerse al mando del buque que habría de escoltar, desde Montevideo hasta Buenos Aires, la nave norteamericana que los trasladaba. Tenía setenta y ocho años y también la conciencia de que este sería el último gran acto de su vida. El gobierno accedió a la “patriótica oferta”, y Brown quedó al mando del vapor *Río Bamba*. En el puerto de Buenos Aires, se encontró con José María Paz. Dos meses después, el 22 de octubre, el gran general unitario moría de un derrame cerebral. Guillermo Brown presidió la comisión que veló su cadáver.

Si la desaparición de sus pares acompañaba la vejez del almirante, también la tragedia volvería para golpear las puertas del hogar, pues impensadamente, el 1.º de enero de 1855, murió, a los 38 años, su hijo Eduardo.

Por increíble que parezca, en Buenos Aires, el anciano de cabellos blancos como la nieve,

Brown hubo de ser testigo silencioso de la victoria de la Confederación sobre las potencias europeas, del agotamiento de la dictadura de Rosas y de su caída definitiva.



Hacia 1855, Benjamín Vicuña Mackenna, al pasar frente a la quinta de Barracas, recordó que allí vivía “el anciano y extravagante almirante Brown, uno de los más audaces que prestó, a la América del Sur, el concurso de sus hazañas”.

patillas a la moda antigua y rostro ceniciento, con ojos de azul turbio y fatigado por los años, mantenía todavía, por lo menos, una cuota de aquella popularidad de otros tiempos.

Hacia 1855, Benjamín Vicuña Mackenna, al pasar frente a la quinta de Barracas, recordó que allí vivía “el anciano y extravagante almirante Brown, uno de los más audaces que prestó, a la América del Sur, el concurso de sus hazañas”. La opinión abona también la idea tan difundida desde la primera edición del libro de Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia Argentina* (1878), quien, al referirse al lugar, apuntaba:

Era la casa de un misántropo, rabioso e impaciente, sobre cuya puerta y en presencia de aquellos paredones lóbregos y especialísimos, de aquellas sombras que la envolvían como un sudario, un médico hubiera leído este triste letrero: “aquí vive un hipocondríaco perseguido”.

En sus últimos años, Brown se encontraba dedicado a la redacción de sus memorias, y quienes lo trataban veían en él a un anciano de mayor lucidez que lo esperado. El coronel Bartolomé Mitre, quien lo visitó en coincidencia, describió más tarde con manifiesta emoción las circunstancias que rodearon aquel día y la magnífica impresión provocada por la “risueña morada de Barracas”, según la distinguió. En efecto –siempre fiel al testimonio de Mitre–, en un “albergue pintoresco y tranquilo”, el “audaz marino reposaba de sus fatigas



Monumento al Almirante Brown en Foxford.

en los mares procelosos del mundo”. Juntos pasearon por el jardín, mientras el anfitrión iba atemperando la enorme curiosidad de su interlocutor hablándole de las campañas marítimas, de sus compañeros de armas, de los elevados sentimientos de patriotismo que lo animaban, de sus árboles y de sus flores. Dice Mitre que escuchaba un lenguaje enérgico y sencillo, “como lo es siempre el de los hombres que han pasado su vida en medio de la acción”, y que encontraba en él “la elocuencia de los altos hechos que su presencia hacía recordar”. Antes de despedirse, le encareció un borrador de la historia que escribía, y Brown poco después apresuró esa entrega.

En el compendioso documento escrito en tercera persona, Brown reconstruyó las épocas de mayor elogio, aquellas que provocaron en él y dieron a la patria impensables satisfacciones y motivos de orgullo. Gracias a ello, contamos hoy, de su propia pluma, con las precisas instancias que contribuyeron a la recuperación de Montevideo en 1814, las singulares aventuras vividas en la larga campaña de corso y la gran epopeya de arrojo y de valor que simbolizó, para la escuadra argentina, su enfrentamiento con la magnífica flota del Brasil en el Río de la Plata.

Pero la vida iba poco a poco abandonándolo, y el 27 de enero de 1857, pidió a su amigo y confesor, el padre Antonio Fahy, que le administrara los últimos sacramentos. Apenas un mes después, en la madrugada del 3 de marzo y en presencia de su amigo el coronel José



Casa Amarilla, réplica de la casa que el Almirante Brown habitó en Barracas.

Murature, el gran almirante cerró los ojos para siempre. La tradición señala que, antes, dirigió su mirada hacia aquel compañero de armas y le dijo: “comprendo que pronto cambiaremos de fondeadero, ya tengo práctico a bordo”.

Guillermo Brown fue enterrado en el cementerio de la Recoleta, donde Bartolomé Mitre lo despidió con un memorable discurso:



“Retrato del Almirante Brown”, de García del Molino, que se encuentra en la Sede Central.

Brown, en la vida, de pie sobre la popa de su bajel, valía para nosotros una flota. Brown, en el sepulcro, simboliza con su nombre toda nuestra historia naval. Él, con solo su genio, con su audacia, con su inteligencia guerrera, con su infatigable perseverancia, nos ha legado la más brillante historia naval de la América del Sur.

En sus palabras, observaba que, después de las dos grandes guerras nacionales, su existencia había sido “la consagración a la religión sublime del deber, la fidelidad a la vieja bandera de su patria adoptiva, el culto del honor militar y la práctica de las virtudes públicas y privadas, que realzaban la magnitud de sus hazañas y la altura moral del héroe republicano”.

En el recuerdo de la primera rendición de Martín García y de los combates por el dominio del Río de la Plata hasta la caída de Montevideo, en el atrevido crucero corsario por el Pacífico, en los desiguales duelos de la Guerra por la Banda Oriental y en las dramáticas instancias de la Guerra Grande, como dijo Bartolomé Mitre: “el nombre de Brown valía por otra escuadra...”

Alzóse Brown en la barquilla débil:

Pero no débil desde que él se alzara. (2)

(2)
Bartolomé Mitre, “Oración fúnebre por la muerte de Guillermo Brown”, *La Recoleta*, 4 de marzo de 1857.